

recibir las del gran sacerdote Melquisidec.

Se va después à su sitial, y entre tanto los Subdiáconos limpian diligentemente con gruesos lienzos de lino toda la mesa del Altar; se lava las manos y, quitada la mitra, bendice los manteles nuevos y demás ornamentos pertenecientes al culto de Dios y del Altar, que le son presentados por los Subdiáconos ó Acólitos. Concluida esta bendición y revestido el Altar por los clérigos, sube á él de nuevo el Obispo, sin mitra, y entona la siguiente antifona que prosiguen los demás del coro ó del clero: "¡Oh Dios! toda la tierra te adore y te alabe: y digan psalmos à tu nombre ¡oh Señor!" y mientras se canta esta antifona incienso de nuevo el Altar en forma de cruz; todo lo cual se repite por tres veces; dice después estando en medio del Altar, otras dos oraciones; saluda al pueblo con la salutación acostumbrada: "El Señor sea con vosotros," y entonando el V.: "Bendigamos al Señor," se retira al lugar de costumbre, donde se revestirá de los paramentos convenientes para celebrar solemnemente la Misa, en el Altar que acaba de consagrar, si pudiere, ó asistir á ella si fuere celebrada por otro sacerdote, y dará al fin la bendición, publicando las indulgencias que de ordinario se conceden á todos los que visitaren el Altar nuevamente consagrado, con las debidas disposiciones, como se dirá después.

* * *

He aquí el muy imponente y su-

blime ceremonial á que rigurosamente se sujetó la Consagración del Altar principal y los dos laterales del marmoreo ciprés de nuestra hermosa Basílica, que por dilatados años había carecido de este requisito tan esencial á todo templo consagrado.

Este memorable acontecimiento tuvo lugar comenzando á las siete de la mañana, el día seis del mes en curso, Fiesta de la Transfiguración del Señor, siendo Consagrante el Illmo. y Rmo. Sr. D. Fr. José María de Jesús Portugal, asistido del Sr. Penitenciario Dr. D. José Homobono Anaya, como Diácono, del Sr. Prebendado Dr. D. Pedro Romero, como Subdiácono, y de numerosos eclesiásticos de la Catedral, del Sagrario Metropolitano y del Seminario Conciliar de esta ciudad, que desempeñaron los demás oficios, y quienes la vispera, comenzando á las siete de la noche, cantaron también los Maitines en la capilla de Colecturía, que fué la designada para depositar las Reliquias, acompañados de los cantores, de los niños de coro y del grande órgano de la misma Basílica; é hicieron la velación nocturna de las expresadas Reliquias.

(CONTINUARÁ).

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip de N. Parga—Sta. Teresa 27.

Resp. Jesus Berrueco.

TOMO IX.

GUADALAJARA AGOSTO 22 DE 1898.

NUM 16.

Seccion III - Variedades.

EL AMERICANISMO. (1)

[De la Revista "Etudes" de los P.P. de la Compañía de Jesús]

Hablar del Americanismo, discutir las ideas que representa y estar dispuesto á no aceptarlas sin reserva, no es, como se ha dicho, entrar en pugna con la Iglesia Americana, Cuando Luis Veuillot discutía con Mr. Dupanloup, nadie tuvo la ocurrencia de acusar al gran polemista de librar un combate á la Iglesia de Francia, ni aun de querer menguar la reputación de piedad del ilustre Obispo de Orleans. Tal es á nuestro juicio, el caso de Mr. Maignen. Nosotros no aprobaríamos en él lo que pudiera mirarse como un ataque apasionado contra la Iglesia de los Estados Unidos. Gracias á

(1) Artículo publicado con motivo de un libro intitulado: "Estudios sobre el Americanismo: El P. Hecker ¿es un santo?" Por Carlos Maignen.

Dios, nada semejante resulta de la lectura seria de su libro. El discute, como tiene derecho, las ideas venidas de América, y, si las juzga con toda libertad, en ninguna parte pretende corregir los yerros de la Iglesia de América.

Por nuestra parte, el Americanismo nos había parecido hasta hoy algo ridículo. No habíamos visto en él, sino una forma de ese exotismo que, desde hace algun tiempo, empuja á cierta escuela á mitar más allá de nuestras fronteras, para ver de encontrar materia de admiración en las instituciones, las leyes y las costumbres. . . Se nos ha querido hacer ingleses. Sin demostración preliminar de la superioridad real de nuestros vecinos del otro lado de la Mancha, se nos ha precisado á renunciar á nuestros viejos métodos de educación por añejos y demasiado olvidadizos del doble objeto en la formación del hombre y del ciudadano. Sin pretender que todo sea perfecto entre nosotros y que no haya nada que modificar en nuestro sistema de educación, persistimos en creer que nuestro caracter nacional vale el de otros muchos países, y que

para hacer excelentes patriotas, hasta saber sacar partido de él.

Pero la escuela más ruidosa de todas, por no decir la más francamente audaz, es la que quiere á todo precio americanizarnos. Desde hace algunos años, han venido de América oradores, personalmente muy respetables, á decirnos palabras más sonoras que nuevas. Sus discursos mezclados de verdades muy antiguas y de afirmaciones opinables, han sido cubiertos de aplausos lisonjeros. Desde entonces se convino en que la América poseía, en los Estados Unidos, el más envidiable de los regímenes políticos, que solamente allá florecía la libertad y que allá era donde la Iglesia renovaba, aunque sin milagros, las maravillas de los tiempos apostólicos. Nuestro clero fue invitado á tomar por suyos los sistemas y las ideas americanas. Dirigir al pueblo como en América, comprender su siglo como en América, entregarse á él como en América, tal fue la palabra de orden. Hubiéramos ido, como en América, á un Congreso de Religiones, si el sentido católico y la autoridad de la Iglesia no hubieran intervenido para apartarnos de esta singular invención.

Este entusiasmo fuera inocente si se limitara á ciertos puntos de política económica y social. En este caso se podría hechar en cara á esta escuela que hacía comparaciones entre unos regímenes que no tienen de semejante más que el nombre. La constitución de la gran República Americana es una copia de la constitución inglesa, de la que parece u-

na hoja arrancada. No conviene olvidar en los elogios que se nos hacen de esas instituciones liberales, bajo las que, la Iglesia, en los Estados Unidos, goza de una independencia que tenemos mil motivos de envidiar. El día en que la República Francesa quiera reconocer á los católicos el derecho á la libertad, tal como se practica en los Estados Unidos, se verá en nuestra vieja Francia una actividad religiosa muy superior á la que se quiere hacernos admirar á todo precio en la joven América. En vez de predicar tanto la libertad en el extranjero, se hará bien en trabajar por conquistarla entre nosotros, de otro modo que por compromisos siempre más fáciles que la resistencia, pero mucho menos eficaces que ella para hacer triunfar el derecho. Nosotros gustaríamos de hallar en nuestros compatriotas ese sentimiento de su derecho á la libertad que el Americano lleva profundamente grabado en sí mismo. Por este lado puramente político tendríamos grande interés en americanizarnos.

Pero de la política, ha pasado la cuestión al terreno doctrinal y religioso. Se ha pretendido importar de América una manera de entender las relaciones de la Iglesia en la sociedad contemporánea, ante la que nuestros viejos métodos de apolegética, de conversión y de apostolado, debían parecer muy estrechos y muy usados. En la nueva escuela de que hablamos, se ha convenido en tener profundo desdén por todo lo que no esparce un perfume de novedad. Mas en materia de Religión y de

Teología; lo nuevo tiene á menudo el riesgo de no ser sino la vago ó lo falso. Los hombres de genio son raros, aún en América, y los iniciadores, cuando no tienen más que audacia y poca ciencia, caen fácilmente en la temeridad.

Este es el caso, en nuestra opinión, de ese P. Heckes con cuyo nombre se ha metido tanto ruido, quien sin duda fué un hombre de celo y de virtud y que á su manera, hizo un bien considerable. Mas querer darnoslo sin restricción, como "el ideal del sacerdote, como el doctor, el gran elegido de la Providencia, el zapador universal de la Iglesia, el tipo del apóstol de los tiempos modernos, etc., etc." es abusar demasiado de la credulidad del lector. Esta exageración en el elogio inspira desde luego alguna desconfianza y se pregunta uno involuntariamente, si no es mano de tratar eso como un cuento venido de América.

M. Carlos Maignen no se creyó obligado á recibir sin exámen el panegirico del P. Hecker, el elogio de sus doctrinas y de sus procedimientos apostólicos. De este exámen ha salido un libro que no agrada á los secuaces radicales del liberalismo vuelto de América, pero que abrirá los ojos de los que lo lean con la lealtad y buena fe del hombre deseoso de no tributar su admiración sino á lo que bien sabe que la merece. El autor no tenía otro objeto que el de volver á su justo valor las pretensiones demasiado audaces y recordar á los que parecían haberlo olvidado, que en el dominio de la fe, no hay dos clases de verdades: las

unas intangibles y las otras abandonadas á las variaciones del pensamiento humano. El lo ha hecho con la autoridad del sacerdote que conoce su Teología y no teme, ni la contradicción, ni esta especie de impopularidad que las ideas y las cosas de lo pasado hallan entre cierta gente, cuyas injusticias solo puede excusar su ignorancia.

M. Maignen ha visto en el Americanismo un peligro para la Iglesia y no sin razón. No ha mucho que oímos á Obispos de América, muy patriotas, pero también muy católicos, desaprobando de la manera más absoluta las tendencias, las ideas y los procedimientos de una escuela que intenta decir, hacer predominar las miras de un corto número contra la inmensa mayoría de los Obispos, en las cuestiones de enseñanza y de conducta. Ellos no disimulaban los temores que les inspiraba esa manía de conciliación avanzada y no creían que fuese saludable abandonar, con la esperanza de una mejor éxito, los métodos de apostolado que habían valido á los Americanos el beneficio de fe. Hay motivo para creer, añadían, que muy pronto acabaremos con ella, merced á esta ruidosa pandilla que siembra entre nosotros la división y arroja la turbación en el mundo católico en provecho de nuestros adversarios.

El libro de M. Maignen pone de relieve pretención, más que atrevida, de tomar la dirección de la Iglesia y conducirla por sendas nuevas á resultados que jamás ha conocido

Sería preciso desde luego probar

que la Iglesia se ha estacionado en su marcha progresiva. Pero esta escuela tiene el don singular de hacer creer á algunos que sabe dar oráculos. Los oráculos se demuestran por los acontecimientos. Ahora bien ¿es muy seguro, que, menos en América la Iglesia haya faltado á su misión de trabajar en la salud de las almas? ¿No podría demostrarse que en el territorio de la Unión las conquistas apostólicas son muy modestas y que por consiguiente, el método no tiene toda la eficacia que algunos gustan de atribuirle graciosamente?

Sin detenernos en hacer resaltar detalladamente todo lo que tiene de justo y oportuno la valiente memoria de M. Maigen, contentémonos con señalar algunos de los caracteres del Americanismo tan perfectamente delineados por el acertado escritor.

En primer lugar, los americanizantes han pretendido que la modestia no se ha de contar entre las virtudes. Ellos la han sustituido con una confianza en si mismos que se asemeja extrañamente á la presunción. No se olvidará en mucho tiempo un discurso pronunciado por uno de sus corifeos en su último paso por Lourdes. Hablando el Prelado ante un auditorio de peregrinos franceses, se preguntó: ¿Porqué la immaculada no se había aparecido en América? Y se respondió sencillamente: "Porque la América no lo había necesitado." La edificación de los oyentes fué mediocre, pues al ménos se retiraron convencidos de que, al otro lado del oceano, se profesaban ideas peregrinas sobre los dones de Dios.

De hecho, se admira uno de la po-

ca estima en que los secuaces del Americanismo tienen lo sobrenatural, ya en sus palabras, ya en sus escritos. A nuestro juicio, este es una de las facetas esencialmente falsas y peligrosas de las ideas de la nueva escuela. O ella no comprende nada del orden sobrenatural y de las relaciones que con él tiene el orden natural, y, en este caso, antes de enseñar haría bien en estudiar su Teología; ó conoce el alcance de su doctrina, y, desde luego es preciso condenarla, pues que es punto menos que temeraria. ¿Qué significa, en efecto, esta persistencia en sostener que se ha dado demasiado á las virtudes sobrenaturales con detrimento de las energías naturales, sino que lo sobrenatural, esto es, la gracia, deprime la naturaleza y hace al hombre menos apto para cumplir su destino? ¿Qué quiere decir esta extraña invención de virtudes pasivas, sino que ciertas virtudes no merecen ser practicadas?

En fin, ¿cómo calificar proposiciones tales como esta: "Los hombres aceptarán enseñanzas sobre las condiciones del bienestar en el mundo del porvenir de parte los que se muestran tan lamentablemente ignorantes sobre las condiciones del bienestar en el mundo en que vivimos?" No parece sino que los economistas han de ser los que en lo sucesivo salvarán las almas. La historia sin embargo, esta ahí para atestigüarnos que los santos, gente poco cuidadosa del bienestar de aquí abajo, han sido los únicos grandes convertidores de los hombres. La fe de consumo con el buen sentido nos garantiza que en el porvenir ha de ser lo mismo. De-

seemos á la América que produzca muchos de esos hombres verdaderamente grandes, profundos en humildad, en mortificación, ricos en virtudes llamadas *pasivas*, pero muy activas; que ignoren el bienestar, pero que conozcan los caminos de Dios. Uno solo de esos hará progresar á la Iglesia más que todos los sabios reunidos en Congresos de Religiones.

Otro carácter de esta escuela es la pretensión á un modernismo cuyo secreto posee ella sola. Jamás se ha dicho justamente en qué consista ese modernismo. ¿Es que su definición precisa y terminante ofrecería un peligro? ¿O no se sabe exactamente lo que se quiere? Podrían justificarse las dos hipótesis. Registrando aquí y acuyá los libros, discursos ó artículos, señalados por M. Maignen, se recogen insinuaciones y á veces confesiones que bastan para fijar la idea del modernismo americano. La Iglesia es acusada, ya solapadamente, de no correr parejas con su siglo, de estar inmovilizada, de haber guardado altas y fijas las barreras y las aduanas.

La lectura de la tercera parte del libro de M. Maigen edificará sobre esas insolencias á todo espíritu deseoso de conocer la verdad. Se puede lamentar que con algunos pasajes parece achacar el Americanismo los excesos de un Charbonnel, de un *Romanus*, que acaso son las consecuencias lógicas de los principios de la escuela, pero que por lo menos reprueban sus jefes más autorizados. El conjunto no es menos descisivo, resulta que todo el liberalismo, condenado por tres Papas, está reprimi-

do, como una doctrina obligada al silencio por un momento, pero que el siglo reclama como una cara conquista que es preciso darle sin reserva.

Lo falso, lo vago ó lo verdadero á medias se presentan por todas partes en las manifestaciones del Americanismo. Muy á menudo falta la Teología á esos Doctores cuyo primer deber es de ser teólogos. Por eso se les ve humillar la Iglesia ante el siglo. Según ellos no existe la *Ecclēsia docens*, sino la *Ecclēsia discens*. La acusan, pues son perpétuos acusadores, de oponerse á la ciencia moderna. No dan prueba alguna de esto, según su costumbre, y dejan suponer que, sólo la ciencia es infalible.

Han inventado el *alma moderna*, como si el hombre se hubiera transformado y como si la gracia debiera seguir, con la verdad, caminos nuevos para llegar á un ser nuevo. Bueno fuera que explicaran lo que quieren decir con tales ayuntamientos de palabras. Sin duda que se verían bastante embarazados.

En fin esta Iglesia necesita decididamente de la dirección de los Americanos para marchar progresando. Se llegará á la unión de los disidentes, dicen ellos. Su sistema se asemeja, es verdad, á la fusión seguramenre más fácil, si consiste en destruir las barreras y las aduanas y en recibir á todo el mundo, sin verificar las creencias de cada uno. Y de hecho, esta tendencia se manifiesta por el abandono sistemático del dogma en provecho de la moral y por la aceptación de un evolucionismo del que no escaparía ni la fe católica. Si,

lo que Dios no permita, el clero que debe guiar las almas, entrara en esta via y ya no hablara al pueblo de los puntos de dogma que separan de nosotros las sectas dicidentes, entonces no serían los protestantes quienes volvieran á la Iglesia, sino los católicos serian los que se hecharon en brazos del protestantismo. Digan lo que dijereu los americanizantes de los dos lados del Atlántico, en las cosas de fe, se necesitan barreras y líneas de demarcación mucho más sólidas y precisas que las aduanas en las fronteras de las naciones y en las puertas de las ciudades.

M. Mainen hace resaltar tambien lo que denota de singular vanidad, por no decir otra cosa, la ambición cara á los americanistas de sustituir en la dirección de la Iglesia la *raza anglosajona* á las *razas latinas*. Lo que tiene esto de más curioso, es que los promotores de esta idea nada tienen de anglo-sajón y, por estar en América, no dejan de ser vulgares Celto—Latinos. Desde el punto de vista etnográfico é histórico, eso vale la teoría cara al P. Hecker, según la cual la Iglesia no había consolidado su organismo exterior, sino en estos últimos tiempos. Pero es preciso á toda costa modernizar las instituciones, aún la que tiene á Dios por autor, como si El, al establecerla se hubiera equivocado en algún punto y para hacer tomar á la Iglesia su verdadero camino normal, fuera necesario modificar su constitución. Comprenda quien pueda, de una manera ortodoxa, frases como esta: "La fuerza individual debe ocupar en lo sucesivo, en el catolicis-

mo, tanto espacio, como la fuerza jerárquica y todo debe tender al desarrollo del Espíritu Santo en el alma de cada uno." Para nosotros es imposible no reconocer bajo esta fraseología un reflejo de la doctrina protestante. Y de hecho, el P. Hecker no teme, antes de hablar así, afirmar que todas las tentativas hechas desde la Reforma para satisfacer las necesidades modernas se han frustrado definitivamente.

Con razón M. Maignen, llama la atención sobre el estado de espíritu muy singular de estos católicos americanizantes, que no temen volver á tomar con Romanus el viejo título de *liberales* ya caído en desuso. Si se les ha de oír, todos los errores están del lado de los que han defendido la Iglesia contra los incrédulos. Poco falta para que acusen á la Iglesia misma de no haber abandonado algo de su patrimonio de verdad por complacer á sus adversarios. Esta es la ilusión liberal en lo que tiene de más audaz ó si se quiere de más ingenuo.

La vida del P. Hecker ha servido de muestra á la escuela americana y eso justifica el título principal bajo el que ha presentado su libro al público M. Maigen. Pero su obra es ante todo un estudio crítico, serio, profundo y completo del Americanismo. El ha sometido á un riguroso examen lo que otros no habían más que desflorado. Lo que otros quizás no hubieran osado decir, él lo escribió sin ambages, sin debilidad, con una conciencia que no permite sospechar nada. Es una refutación sin piedad, pero justa; y, fuera de

algunos detalles que permitian una apreciación más indulgente, la seriedad de las censuras nada tiene de avanzado. Por el contrario, ¡dítirambos exagerados habían anunciado al mundo la vida del P. Hecker. El elogio sobrepujaba toda medida. "Ningún libro publicado de cincuenta años á esta parte, se decía, arroja una luz más viva sobre el presente estado de la humanidad... sobre las íntimas relaciones de Dios con el alma humana, ó sobre las condiciones actuales del progreso de la Iglesia." Se le comparaba con los escritos en que Sta. Teresa revela los fenómenos sobrenaturales de que ella era objeto. Involuntariamente se pregunta uno si el autor de semejante paralelo ha leído las obras de la gran mística de España. Sería lo mismo que decir que el P. Hecker se parece al venerable párroco de Ars.

La menor atención de un sacerdote que entienda algo en Teología, basta para hacerlo apreciar en su justo valor estos elogios excesivos. A la luz de la crítica de M. Maignen ¿qué queda de este doctor, de este tipo del apóstol? Lo que nadie pone en duda, es decir, un excelente hombre, un sacerdote vistuoso, un misionero zeloso, todo á su modo. Pero es preciso convenir en que él era poco equilibrado, un tanto cuantioso nervioso, nada teólogo y muy prendado de sus ideas personales.

Se habla de misticismo á propósito de sus relaciones con el Espíritu Santo. Nunca fue peor empleada semejante palabra. El P. Hecker no es un místico en el sentido teológico de la palabra; no es sino subje-

tivista ó individualista. Traslada el Kantismo más ó menos consciente al dominio de las comunicaciones del hombre con Dios. Su pretendida comunicación con el Espíritu Santo es un principio peligroso, que por lo demás explica todas las desviaciones y variaciones del fundador de los Paulistas, comenzando por su salida, bastante extraña, de la congregación en que había hecho sus votos de religión. Mucho lamentaríamos al joven clérigo que se educara en la idea de que en todo y por todo sería guiado por el Espíritu Santo y que podría emanciparse de cualquier otro director. No impunemente se camina de esta suerte contra el espíritu de la Iglesia y contra la enseñanza de todos los doctos y maestros en ascetismo.

Sería inútil prolongar la enumeración de todas las singularidades del Americanismo según el P. Hecker. Señalemos todavía como un caracter bien marcado de esta escuela, el desden, por no decir la condenación, de la vida religiosa y de los votos que constituyen su esencia. Cosa fácil es descubrir bajo esta aversión por las órdenes religiosas una vieja levadura del protestantismo, que no es más que una consecuencia del principio falso ó mal entendido del individualismo. (Continuará)

Rito prescrito por el Pontifical Romano para la Consagración del Altar cuando se hace sin la Dedicación de la IGLESIA.

(Concluye.)

Como este templo tiene por Titular á la Sma. Virgen María en el Misterio de su Asunción á los cielos,

bajo este hermoso título se la invocaba, en el lugar correspondiente de las varias oraciones, unciones y bendiciones prescritas por el Pontifical, así como también en el acta escrita en pergamino que quedó sepultada en cada uno de los altares consagrados, juntamente con las Reliquias de los Santos Mártires Clemente, Concordio, Celso y Felicísimo; acta que está concebida en estos términos:

“El día 6 del mes de Agosto de 1898. Yo D. Fr. José María de Jesús Portugal, del Orden de los Menores de S. Francisco, Obispo de Sinaloa, consagrè este Altar en honor de la Bienaventurada Virgen María Asunta á los Cielos, è incluí en él las Reliquias de los Santos Mártires Clemente, Concordio, Celso y Felicísimo; y concedí á todos los fieles cristianos que lo visitaren en el día de hoy un año, y en el Aniversario de su Consagración cuarenta días de verdadera indulgencia, en la forma acostumbrada por la Iglesia.”

La augusta ceremonia de que nos venimos ocupando terminó á las diez y cuarto de la mañana con la Misa que celebró, en el Altar principal, el Sr. Pbro. D. José María Placencia, Sacristán segundo de la Catedral.

* *

¡Cuán misteriosos y sublimes son todos los actos de la Liturgia católica! En efecto, siguiendo el espíritu de la Iglesia, en el Altar consagrado debemos ver representado á Nuestro Señor Jesucristo. Todas las ceremonias y oraciones de la Consagración tienden á identificar, en cuanto

es posible, dice un sabio apologista, el altar material y el altar espiritual: las siete vueltas del Consagrante refieren las siete grandes virtudes de Nuestro Señor, y los siete viajes de este divino Pastor en busca de las ovejas; así como las cinco cruces grabadas sobre el Altar, con las tres unciones de óleo é incienso, representan las Cinco Llagas del Salvador, la gracia que de ellas se desprende y las tres virtudes fundamentales del Cristianismo, que son la fé, la esperanza y la caridad. La incensación es el emblema de la oración. Un sacerdote, que ha recibido el incensario de la mano del Consagrante, no cesa, hasta el fin de la Consagración del Altar, de esparcir en torno su perfume, para que entendamos que durante toda nuestra vida no debemos cansarnos de orar y de edificar á nuestros hermanos con el olor de nuestras virtudes.

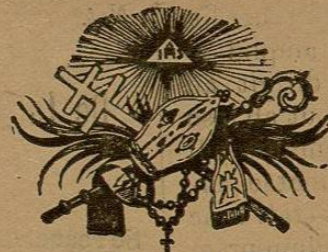
* *

Que todo sea para mayor gloria de Dios y de su Sma. Madre, y para honor del V. Prelado que rige los destinos de esta importante Arquidiócesis y de su V. Cabildo, quienes advertidos de la suma necesidad de restablecer el orden que se había interrumpido en un punto tan importante de la Sagrada Liturgia, á causa de las mil vicisitudes por que ha atravesado la Iglesia de Guadalajara, no omitieron medio alguno para que el acto, que pàlidamente hemos bosquejado, revistiera toda la magnificencia y esplendor, con que en efecto se verificó.

M. C.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

Tip de N. Parga—Sta. Teresa 27.

Resp. Jesus Berrueco.

TOMO IX.

GUADALAJARA SEPTIEMBRE 8 DE 1898.

NUM 17.

SECCION I.

DOCUMENTOS PONTIFICALES.

De la Secretaria de BREVES.

III

El Sto. Padre alaba los esfuerzos que se hacen contra las cectas masónicas.

LEO PP. XII.

Dilecte Fili, salutem et Apostolicam Benedictionem.—Quae nos docuimus, edidimus de cavendo massonicae consociationis insidias eiusque artibus retudentis, ea obsequenti volentique animo a catholicis hominibus accepta esse comperimus et laetamur. Id testantur profecto instituti Comitatus apud plerasque nationes, qui Antistitum sacrorum ductu, perutili operi manus strenue ad-moverunt. Id ipsum vero pro Italia etiam constitutum esse tuae litterae docuerunt superiore mense ad Nos datae. Eo autem ampliora de

sedulitate vestra praecipimus, quod vobis ratum est nihil non prudenter agere neque unquam Archiepiscopi vestri auctoritate magisterioque posthabito. Adsint studis vestris munerunt divinorum subsidia. Quae ut largiora vobis conciliemus, apostolicam benedictionem tibi et Committatui cui praees amantissime imper-timus.

Datum Romae apud S. Petrum die XXIII Aprilis MDCCCXCVIII, Pontificatus Nostri anno Vigesimo Primo.

LEO PP. XIII.

Dilecto Filio Aloisio Gullino Praesidi Commitatus centralis italici Consociationis Antimasonicae—Augustam Taurinorum.

Resoluciones de las SS. Congregaciones Romanas.

De la S. R. Y U. Inquisicion.

I

Sobre eluso del Espiritismo.

Batissime Pater:
Titius, exclusa omni conventione